

dad, en la que he permanecido veintidos días muy contento. A mi llegada á San Francisco te escribiré, noticiándote lo que me ocurra en el primer viaje largo que voy á hacer por mar.

Adios, amiga mía.

XXIX.

San Francisco California, Enero 31 de 1867.

QUERIDA MARIA.

Necesito echar una mirada retrospectiva á lo que me pasó en Mazatlan en los últimos momentos que permanecí allí, para que no quedes en duda de los más mínimos detalles de mi viaje.

Amaneció el 16 día en que debía hacerse á la vela el "Continental" á las

cuatro de la tarde: con este motivo, fui á despedirme de algunos amigos y por la mañana, antes de que apretara el calor, dí mi paseada por los lugares que habian sido de mi predileccion.

A las tres de la tarde me acompañó Carrillo para ir á bordo, en una lancha y subimos al vapor: entramos al salon y lo encontramos lleno de señoras y caballeros, que unos hacian el viage y otros habian ido solamente á visitar el buque; sonó la campana, avisandó que iba á partir; despidiéronse los que volvian á tierra de los amigos que iban á marchar; yo hice otro tanto de mi querido compañero, que debia dejar de verlo por muchos años y tomamos una copa por nuestra mútua felicidad, dándonos un apretado abrazo.

En la tarde á las cinco en punto, levó ancla el "Continental" y nos hicimos á la vela para California, dando un adios muy tierno, desde cubierta, á los buenos amigos que dejaba en el puerto de Mazatlan, al adorado país que iba á abandonar por algunos años y que tal

vez no volveria á ver, porque me iba á lanzar á peligros desconocidos, y mirando los alegres y pintorescos edificios de la ciudad, que poco á poco se iba envolviendo en la bruma de la atmósfera.

Se perdió, por fin, y apenas se vislumbra el picacho del San Pedro y el Creston, que como centinela avanzado baña sus piés en las aguas del Océano. Quedé abismado, con la vista elevada sobre las costas de México, llena la mente de ideas melancólicas porque ese día fué el último que yo pisé el querido suelo de la patria, la que ya comenzaba á amar doblemente y en mi imaginacion la veia vestida con los arreos más seductores de la poesía y el encanto; todos los recuerdos halagadores de mi infancia y mi juventud, se agolparon á mi memoria como fantasmas que me convidaban á no separarme del suelo que me vió nacer y me lanzaban un reproche porque abandonaba tantos gozes y una felicidad segura por lo incierto que buscaba en otro suelo y en otras

gentes que como á extranjero me verían con ceño.

Me sentia triste y casi maldecia las aspiraciones que me obligaban á hacer aquel viage, considerando que compraba muy caros los adelantos que obtendria en las Bellas Artes, adelantos que tal vez no serian recompensados á mi regreso por mis compatriotas. Mas al pensar que este viage que emprendia, en el que hacia el sacrificio de mis ilusiones y mi tranquilidad, me ponía en los centros del arte, que iba á beber en sus fuentes, que iba á gozar de las delicias de la civilizacion y á engolfarme en el emporio de los conocimientos, me animaba y templaba la pena que sentia en dejar todo lo que constituía mi patria, su magnífica naturaleza, su hermoso cielo, los parientes y los amigos.

Tocaron la campana para comer, y yo bajé de cubierta entre triste y alegre, animándome con la idea de qué, para ser hombre de provecho, se necesita hacer grandes sacrificios; y para

obtener todo lo bueno, es indispensable comprarlo caro.

Pero estoy ya en San Francisco y es tiempo de contarte algo de mi viage y de la impresion que ha producido en mi el aspecto de la ciudad.

Comienzo, pues, diciéndote: que mi viage, en general, fué muy feliz; aunque nos hizo constantemente un fuerte viento Noroeste; mas como el vapor es bastante grande, y antes habia hecho mi aprendizaje en la "Panchita," esta vez me pareció juego de niños la alteracion del mar.

Antes de embarcarme en el "Continental," tomé algunos informes respecto del pasaje, y todas las personas á quienes consulté, unánimemente me aconsejaron lo tomase en segunda cámara, porque no valia la pena gastar 90 pesos en primera, solamente por la única ventaja de comer un poco más temprano que en aquella y con uno ó dos platos de mas, mientras que el trato en ambas cámaras era igual.

¡Qué chasco me llevé con el consejo!

La dichosa segunda cámara en los vapores americanos, es infernal, porque así como los pasajeros de primera están en la gloria por la magnificencia de su departamento, por la excelente asistencia, por la selecta sociedad con la que están en contacto; los de la segunda, van sumidos en la más inmunda cloaca, en donde el aire es mefítico á causa de lo poco ventilado y que la mayor parte de la gente que va en ella, es bastante soez, donde están los borregos y bueyes, las gallinas, los perros, etc., donde matan las reses para el gasto, donde los marineros tienen sus útiles y obra muerta y hacen la mayor parte de sus faenas, en donde todo el mundo está confundido y las mugeres (perdonen la expresión) se basquean en frente de uno; donde los muchachos chillan, uniendo sus gritos á los de los loros que van allí y donde, finalmente, está uno en el infierno.

A las seis y media de la mañana y á las doce y cuatro de la tarde, se toca á comer en ambas cámaras. Los de la pri-

mera, se sientan á una mesa elegantísima, en la que se sirven ocho ó diez platicos exquisitos, frutas, postres y rico café. El comedor está magníficamente decorado con blanco y oro, con embutidos de caoba y otras maderas preciosas; los asientos son forrados de terciopelo carmesí y todo, todo respira lujo y magnificencia.

Los pasajeros de la segunda, tienen su comida debajo de un cobertizo, donde los espera una tabla suspendida provisionalmente del techo por medio de unas varillas de hierro, y en la que se les sirve, en un plato de zinc, un trozo de buey crudo y medio frío; galleta dura que puede romper la cabeza, papas y café endulzado con meluza negra, cuyo sabor es el de un brebaje: rara es la vez que aumentan otro guiso ó varían el condimento de la carne de buey; eso sí, siempre desabrida y obligada á goma elástica.

La primera mañana del Domingo que me encontré á bordo, fué únicamente cuando les hice el gasto, y eso

por la necesidad, por mas señas que el detestable almuerzo y un trago del café, me descompusieron el estómago y estuve trastornado todo el dia.

Pero en la tarde ya fué otra cosa: me informé con el contador de sí podría cambiar de camara y, contestándome que sí, en el acto pagué el exceso y pasé á instalarme á mi nuevo departamento, que me pareció un palacio y que del purgatorio habia salido para gozar la dicha de los bienaventurados.

La tal segunda Cámara del Continental, no era sino proa en todos los demas vapores, la que se reputa tercera clase; en donde va la pobre gente que ó no puede pagar lo que vale la primera cámara, ó desea economizar dinero. Yo he visto en esa clase en otros buques, personas regulares que para no avergonzarse de ir entre los grumetes ó gentusa que viaja en ella, ponerse los vestidos más humildes y el dia que termina el viaje y se salta á tierra, salir vestidos de caballeros con un buen equipaje que sacan de la bodega. Eso

sí, los tales, no hacengasto de la inmundada comida que dan en proa sino que, ó se arreglan con el cocinero para que les sirva algunos buenos platillos; ó antes de entrar á bordo, se proveen de carnes frias, quezó, pan y botellas de vino: entónces la cosa cambia un poco de aspecto; aunque no pueden evitar la compañía de la gente soez, de los animales y de otros objetos despreciables.

Yo me he dicho cuando he visto viajar en proa á algunos individuos que vienen á América: ¡Cuantos de estos que van hoy mezclados con los bueyes y las gallinas, comiendo galletas apolladas y revolcándose en la inmundicia, se nos venden en México por gente decente, por caballeros, que dejan los pergaminos en su tierra, *se la echan* de nobles y miran de reojo á los mexicanos! Pero este es el mundo, está la vanidad en el cambio de posicion; y por esto ¡que pocos de los extranjeros que tratamos en México son de buen origen! ¡Y nosotros que los vemos como un prodigio! ¡Y nuestras mujeres

que los prefieren para enlazarse, al mexicano mas caracterizado! Que en efecto contraigan nuestras jóvenes alianzas con extranjeros honorables por el trabajo ó por su buena educacion, está bien; pues el amor se va donde quiere y tambien es una necesidad imprescindible el cruzamiento de las razas, pero que solo las verifiquen por sistema y solo por que son extranjeros los que las pretenden, es una monomanía y querer continuar el antiguo refran del tiempo de la colonia que dice: "marido y breaña de España".

Volviendo á nuestro asunto, te debes figurar, María, lo contento que estaria yo con el cambio de cámara, tanto por las comidas, como por la clase de gente que trataba y la libertad de ir y venir, subir y bajar por todas las comparticiones del buque, privilegio de que solo disfrutaban los de primera; porque los de proa, están encerrados como bestias feroces, y cuando la navegacion es monótoma por que va uno concretado al corto espacio de que se

puede disponer á bordo, es muy agradable pasarla lo mejor posible y moverse á su placer.

Por fin, el domingo, á las seis de la mañana, se avistó la costa de San Francisco y la alegría mas extremada se posesionó de mi corazon, tanto porque iban á concluir los trabajos de la navegacion, como porque tocaba la cima de mis deseos en órden à verme cercano á una ciudad, que tanto habia anhelado conocer por los ventajosos informes que habia recibido de ella.

Llegamos al muelle á las dos de la tarde y no tienes una idea, María, de lo sorprendido que quedé al ver la multitud de buques de vela, vapores y barcos de todas clases y tamaños que allí estaban anclados; la muchedumbre de gente que esperaba al vapor; el sinnúmero de ómnibus y coches instalados y el movimiento, vida y animacion de aquel lugar.

Positivamente, nuestros puertos de México forman, por desgracia, un contraste desconsolador con el de San